

La coreografía de lo invisible

Lema: *Nitroso*

Amanece en tu consciencia y de inmediato sabes que algo no rige como debiera. Está oscuro y no te atreves a abrirte de párpados porque temes que la proyección convulsione tus esquemas de normalidad. Pero también sabes que no vas a poder vivir el resto de tu vida con los ojos cerrados. Te sientes tan extraño como el miedo que nutre y distorsiona (sobrevenido súbitamente), tu cadencia respiratoria. Hiperventilas y temes, no precisamente en ese orden.

Antes de entregarte a la luz, decides comprobar si tu facultad del habla se ha visto perjudicada y no, articulas como ayer, somnoliento, pero como ayer. Estás solo, como casi siempre, porque has escogido matrimoniar con la soledad, la más fiel de las mascotas. Finalmente le das al *on* de tus pupilas y el asombro rivaliza con el pavor para posicionarse como primer sentimiento. No, no das crédito y recurres, en tu agnosticismo, incluso a Dios para tratar de explicarte lo que te sucede. Lo juzgas como imposible y te refugias en tu más que probable inmersión en una pesadilla, pero el bofetón que te asestas para refutarte te ha debido enrojecer la mejilla y en ese momento te declaras despierto, microscópica y fabulosamente despierto.

–No, su analítica no presenta trazas de estupefaciente alguno ni cualquier otra sustancia que pudiera promover el comportamiento tan anormal de su sentido de la vista y de su percepción. Tan sólo delata el consumo de benzodiazepinas...

–Tomo Orfidal. De manera irregular. A demanda, pero con moderación. Soy un ansioso diagnosticado. Es correcta la analítica. No tomo drogas, apenas ya si bebo –ironizo manteniendo los ojos cerrados para dramatizar mi afectación.

–El oftalmólogo tampoco ha encontrado alteraciones en sus órganos oculares. Tampoco la resonancia presenta ninguna anomalía morfológica. Ni rastro de tumoraciones, derrames, malformaciones. Su cerebro está apto para presentarse a un certamen de belleza bulbosa –se retoma el bioneurólogo con un gracejo amable.

–Entonces, ¿por qué?, ¿por qué a mí?, ¿por qué así? –casi le reprocho.

–Carezco de otra respuesta que no sea la de afirmar que no está documentado en el planeta ningún caso como el suyo. Me ha tenido despierto más de una noche y créame que he contrastado mi sorpresa con muchos especialistas de husos horarios distintos y en todos me he encontrado con las palabras imposible e increíble como única explicación.

–¿Quizá pueda considerarme como una variedad de dios? –continúo con mi ironía como defensa de mi extrañeza como caso clínico y como ser humano angustiado por esa singularidad.

Me acompaña mi hermano, el mayor. Es un consumado especialista en guardar silencio cuando debe. Conociéndolo sé que se muerde las ganas de intervenir y escucha.

–Sólo soy bioneurólogo, no estoy cualificado para identificar nuevos dioses. Pero diría que lo suyo es... extraordinario, impensable ni en los desparrames más lisérgicos de los diseñadores de futuros.

–Es más una maldición que un don –rezongo. Todavía con los ojos cerrados, para no tener acceso a esa otra dimensión que me ha sido concedida.

–Médicamente no puedo aportar mucho más que este apenas nada. Mis conocimientos terminan donde empieza mi estupefacción. Le recomendaría que contactase con la universidad de Oklahoma o con la de Princeton, en ellas hay sendas unidades avanzadas, las mejores, de investigación de neurobiología molecular, aunque ya me advirtieron que no tenían conocimiento, tampoco, de nada parecido a lo suyo. Estarían encantados de poder analizar su caso. Desde Princeton me transmitieron que correrían con todos los gastos.

–Espero que se vaya como vino. Pero ya hace diez días desde que amanecí así y continúo igual de nítido.

–Trate de sacar provecho. No se me ocurre nada mejor que recomendarle. Y disculpe mi impotencia.

Le agradezco su profesionalidad y también lo hace mi hermano. Ambos abandonamos la consulta envueltos en las cavilaciones del siguiente paso a dar. Aquél era uno de los bioneurocientíficos más reputados de mi país y más allá, pero su asombro ante mi supuesto superpoder sólo ha contribuido, además de a desazonarme, a percibirme como un perturbado.

Mi vida ha perdido cualquier parámetro de normalidad. El desempeño de mi día a día se ha convertido en un imposible y me he visto obligado a abdicar temporalmente de mi trabajo de traductor, de mi práctica deportiva y de la mayoría de mis rutinas cotidianas anteriores al cisma. Sólo obtengo paz visual cuando cierro los ojos, delicadamente, sin infligir ninguna fuerza en la presión para no despertar una casi inverosímil atribución añadida si sostengo la apretura con firmeza. Justo en ese momento es cuando los tiranosaurios del asombro dejan de mordirme y me recreo en las pretéritas dimensiones de la materia. Pero con el transcurrir de los días, los dinosaurios herbívoros han ido sustituyendo a los carnívoros y sus bocados ya no me desgarran tanto. Me he ido acomodando al nuevo escenario y me desenvuelvo con una mayor solvencia que recién inaugurado como ser tetradimensional.

Impera mayo, porque mayo siempre impera, en el hemisferio Norte, para bien. Impera también hoy uno de esos días con la voz timbrada y mediterránea, con un ligero viento del Norte que presta al ambiente una tonalidad de azul que antiguamente, diez días atrás tan sólo, me hubiera promovido un optimismo sin paliativos, pero que hoy sólo hace que exacerbar, máxime después del diagnóstico, del no diagnóstico más bien, mi recién adquirida capacidad torturadora de la visión.

Sin embargo, el lengüetazo de aquel vientecillo juvenil me hace replantarme mi continuidad como mi mayor enemigo y me propongo, bajo su caricia, renovar el vestuario de mis caries espirituales y convertir la adversidad en fortaleza.

Ya en la calle, como de costumbre, el nitrógeno sigue superponiéndose a los restantes gases atmosféricos. Sus casi cuatro quintas partes de abuso le otorgan una omnipotencia sorda que

abruma cuando se tiene, como yo, acceso visual a ella. Pero eso no es todo, puedo ver más allá de las moléculas, hasta los átomos si presiono con fijeza mis parpados y los mantengo prietos durante unos cuantos segundos, como esa ampliación aludida de la cobertura de mi facultad. Aunque si fuerzo mi capacidad microscópica me sobreviene un dolor de cabeza que, además de la laceración, me ha provocado días atrás alguno de esos colapsos familiares de ansiedad que me deportan a una sensación inminente de muerte.

El consumo de Orfidal flirteó durante las cinco primeras jornadas con los umbrales de la intoxicación pero, extrañamente, el exceso no consiguió apenas suavizar un insomnio que seguía alimentando un desarreglo emocional ininterrumpido por haberme convertido en microscopio humano. Afortunadamente, la morfología de lo sólido y de lo líquido no presenta modificaciones en su composición ante mis ojos. Cuando asumí mi condición de fenómeno único en la historia, me sentí aliviado de que mi extrasensorialidad sólo, sólo, se limitase a lo gaseoso.

Su estructura cristalina, biatómica y hexagonal (la del nitrógeno) y el movimiento que el gas adquiere al ser zarandeado por un viento como el de hoy desenfocan mi capacidad de asimilación. Millones de millones de partículas infinitésimas van y vienen en un vals, conga o danza de los muertos, maldita sea la óptica, y yo puedo ver su son sin interferencias.

Pero tengo que conseguir transformar el maldito vals, conga, o danza de los muertos en una bienaventuranza y como me ha recomendado el bioneurólogo, que me revierta en provecho propio.

Los escasos allegados que conocen mi nuevo talento no me acaban de creer del todo, aunque hayan tratado de asimilar aquel imposible como certeza de un todavía lúcido y no como enajenación de un desquiciado. Me consideran un tipo serio, poco dado a la imaginación y entregado al método necesario para ser catalogado como uno de los mejores traductores de alemán al castellano y al inglés. Soltero a mis cuarenta y seis, casi asexual por la falta de uso y

de disfrute, pero hetero a la postre pese a las maledicencias de los míos y de los no tan míos, al primero que le confesé lo que calificué de entrada como dolencia fue a mi hermano, a Romeo que, para colmo de las paradojas, es doctor en Ciencias Físicas. Sucedió la confesión la mañana siguiente a aquel despertar convulso, tras veinticuatro horas de silencio introspectivo a la espera de una reversión espontánea infructuosa.

–¿Me estás diciendo que puedes ver, en tres dimensiones, las moléculas de cualquier gas? – exclamó con parecido tono al que aquellos jueces del Santo Oficio debieron utilizar contra Galileo cuando se reafirmó en que la Tierra no era plana.

–Y si comprimo los párpados cuando tengo los ojos cerrados, al abrirlos, consigo apreciar incluso los átomos –afirmé exento de cualquier traza de orgullo.

–¿También los neutrones y protones?

Sus primeras preguntas surgieron bañadas en el escepticismo de quienes ven alteradas sus cuatro fuerzas fundamentales de la comprensión, máxime si éstas vienen fijadas por el conocimiento profundo que concede la ciencia y no por el clásico "yo creo que...".

–No, no, ahí no llego. Aunque...

–¿Aunque qué? –quiso saber mi hermano mayor que después, cuando creyó que mi confesión no era fruto de una enajenación transitoria o permanente, me alentó a que le relatara con precisión cómo se ordenaban los gases, cómo convergían, cómo se amalgamaban, cómo se combinaban, si se disponían en capas o en grumos, si mantenían la homogeneidad o se producían vacíos. Y si podía también distinguir el kriptón, incluso el yodo.

–Aunque... –me retomé desoyendo su entusiasmo, no sin acompañarme de un cierto deje de misticismo narcisista en la narración– me da la impresión que si siguiera presionando los párpados, mis aumentos se verían incrementados y me permitirían distinguir incluso las partículas elementales. Ayer me propuse, estrujando los ojos, acompañándome incluso de

muecas, a prospectar los límites de mi campo de ojo. Cuando me decidí a abrirlos me topé con lo inmediato agigantado, con un caos de nanopartículas desplazándose a velocidades inimaginables enfrente mismo de mis pupilas. No podía ver nada más allá. Lo sólido desapareció de mi perspectiva y sólo era capaz de percibir el movimiento. Creo, sin el creo, que perdí, la perdí, la consciencia durante algunos segundos, quizá fueran un par de minutos, pero yo experimenté desde el principio sentado en el sofá para evitar el porsiacaso de una caída. Cuando me devolví a mí mismo, me reduje los aumentos a fuerza de abrir forzosamente los ojos. Volvieron de nuevo las moléculas, sólo las moléculas, y me entró un sueño insobornable.

Conocedor del embeleso de mi hermano ante mi narración, ante el mecanismo corporal para regular de capacidad de penetración visual, hice una pausa mayestática. Él guardó un silencio semejante y yo sé, porque el rictus lo delató, que trató de forzar su vista en la atmósfera de aquel salón travestido de confesionario y sólo percibió su habitual nada.

–Pensé en ti después del episodio, al despertar. Quizá hubieras sabido identificarlas. Dicen que Dios da electrones a quien no tiene luz –chanceé.

–Así que eres como un microscopio electrónico cuyo zoom aumenta o disminuye en la medida que presiones los párpados o fuerces la abertura de los globos oculares. Podrías ser un gran negocio, bien comercializado –y explotó en una risotada que procuró fuera desengrasante ante aquel despropósito de la razón y de la Física.

Y mascullaba para sí, aunque resultaba audible, no puede ser, no puede ser, no puede ser...

Convertido en mi lazarillo, Romeo no me ha dejado apenas solo desde que le revelé lo que para él eran superpoderes dignos de un dios.

–Necesito pasear por la ciudad. En soledad. Me he acostumbrado a la alternancia de lo sólido y lo gaseoso y ya mido las distancias. Me comienzo a aclarar con el caos –y lo despido en el portal del bioneurólogo, absorto en las evoluciones de las moléculas de oxígeno visibles sin

esfuerzo por ser el segundo gas atmosférico más abundante y porque adoptan una forma más globular, ligeramente más voluminosas que las del nitrógeno.

Romeo se despide a regañadientes. Además de brindarme protección, le gusta interrogarme sobre la intimidad de lo imperceptible. De buen grado le hubiese transferido a él mi sobredosis de agudeza cuántica.

—¿Notas diferencia entre un día ventoso como el de hoy y otros más sucios en los que la contaminación no tiene quien la ventile?

La pregunta la formula Romeo antes de tomar el sentido contrario al mío y hacerme prometer que este mediodía comeré en su casa.

—Ni imaginas cuánto —exagero, un tanto idiotamente, mi tono para acentuar mi supremacía visual, pese a que es veraz lo que le confirmo—. Hoy predomina lo azul sin necesidad de mirar hacia arriba. Estos días atrás prevalecía, de fondo, un gris, tenue, pero gris a la postre y que ensuciaba mi visión. Es preferible que no puedas verlo para no reparar en la mierda que respiramos.

—Tenemos que ir a Princeton. Hablaré con ellos. —Y con ese par de laconismos yuxtapuestos, sin aguardar mi parecer, me da la espalda y se aleja medio cabeceando.

Cuando me quedo solo dudo entre aproximarme al parque o tomar un autobús que me lleve hasta el mar. Todavía no me atrevo a conducir. Me seduce el mar porque no he tenido la oportunidad de comprobar mi profundidad de ojo sin otro telón que un horizonte sin obstáculos compactos. No obstante, me decido por el parque. Resulta reconstituyente acercarse hasta los cúmulos de oxígeno aledaños a los árboles más grandes y respirarlo en un grado de pureza máximo. Algunos viandantes me han observado extrañados ante lo acusado de mis inspiraciones durante las veces que he aprovechado mi poder para abastecerme de oxígeno extra junto a algún árbol.

Estoy aprendiendo a convivir con mi... no sé cómo calificarlo. Mi deformación como traductor me suele impulsar a buscar la palabra precisa, inherente a cada concepto. Dolencia sería inexacto. Don resultaría pretencioso. Poder parecería arrogante. Clarividencia, ampuloso. Me inclino por rareza, se me antoja lo suficientemente amplio y a la vez certero, para fijar aquello en lo que me he convertido. Un tipo excepcional por único, un sujeto todavía más raro de lo que ya era con una visión normalizada. Quizá deba acudir a Princeton, por lo exótico, por lo distinguido, pero la idea de convertirme en cobaya sujeta a cualquier capricho de investigador, no me seduce lo suficiente como para compensar el teórico exotismo.

Un viejo ficus acumula en su derredor una constelación de moléculas de oxígeno estratificadas por capas, más abundantes en la parte superior de su copa. Me aproximo y abro las espitas de mis alveolos y me proveo, selectivamente, de uno de los dos gases indispensables de la vida (el otro es el CO₂, pese a estar demonizado por los medios como gas casi asesino).

Algunos se percatan de mis evoluciones encaminadas a acopiar lo invisible para ellos, pero me estoy acostumbrando a mi nuevo rol y he modificado mis reacciones ante las ajenas. Los ignoro.

–¿Qué hace ese señor? ¿Por qué hincha tanto el pecho? –pregunta una niña de no más de siete años a su presunto abuelo.

–No está bien. Parece un poco trastornado. Como el mundo –responde mientras aparta a la niña de mis posiciones, no vaya a ser que le lance una bocanada de fuego y chamusque su ignorancia de viejo recalcitrante.

Me siento y me complazco observando. He aprendido a convivir con la variabilidad del vapor de agua, fluctuante en virtud de la meteorología, la orografía y la hora del día. Volátil, como una neblina que satina al resto de gases. Los primeros días me costaba no ya discriminarlo, pero sí separarlo visualmente del resto de componentes puros y uniformes de la troposfera. En ocasiones, especialmente por las noches (también he sido agraciado con la visión gaseosa

nocturna), conforma una película global que lo satura todo como un tul ingrávido que sin embargo no entorpece la dinámica de los restantes componentes.

Después del oxígeno, el argón (me aprendí, ya el primer día, concienzudamente, la conformación de la atmósfera), es el gas más común, pero no deja de ser minoritario porque sólo ocupa un uno por ciento escaso del volumen. Más voluminosas sus moléculas que las del oxígeno, parecen inertes, autistas, sólo articuladas por el viento, sin interactuar con apenas ninguna otra molécula.

El octavo día aprendí a discernir el CO₂. Sólo hay una molécula de este gas por cada casi dos mil de nitrógeno, pero únicamente tengo que orientar la vista hacia los tubos de escape de los vehículos para apreciar su multiplicación. Son vulgares, no tienen la silueta de las de los gases nobles ni el gracejo de las del oxígeno.

Podría rentabilizar mi rareza ofreciéndome como detector humano de concentraciones anormales de cualquier gas. Podría ofrecer mis servicios a cualquier multinacional o institución que confiara en mis prestaciones. Vencer la incredulidad de mis potenciales partes contratantes resultaría el mayor obstáculo a salvar, pero si cualquier físico me pone a prueba, tendrá que admitir que no soy un chiflado.

Cierro los ojos y relajo mi agitación. Y es entonces, tras un par de minutos de predominio de lo inane, cuando el martillazo de la clarividencia acierta en mi punto G de la conciencia.

No, no vamos a ir a Princeton, querido Romeo, interiorizo. Me explotaré como monstruo de feria contemporáneo y tú deberías ser mi representante, ahora que estoy aprendiendo a caminar acomodándome a la percepción novedosa de la dimensión gaseosa, le propongo desde ese mismo interior que rezuma de un optimismo renovado, quizá engordado por esa sobredosis de oxígeno virgen recién consumida. Ahora que voy siendo capaz de atender a la vez a las divisorias de lo sólido y lo etéreo, tengo que aprovecharme del don, sí, don, gracia, habilidad

sobrevenida. Excomulgo el término rareza de mi diccionario nodriza y me catalogo, incluso con arrogancia, como un ser extraordinario.

El viejo que me ha rehuido me sigue observando desde lejos, por si fuera pederasta, exhibicionista o un hijo de la niebla, qué sabe él. La niña, ajena al devastador efecto que envejecer provoca en la inocencia, juega con otra niña en aquel mediodía insolentemente azul.

Romeo no quiso escucharme la primera vez que le propuse mancomunarnos. Arremetió contra mí con la ceguera de un cruzado al que le acaban de robar el Santo Grial. Me tachó, paradójicamente, de loco y de infantil a la vez. Lo dejé, sibilinamente, con sus invectivas en la boca y con una frase lapidaria a modo de epitafio de aquella cita iniciática con ánimo convincente.

–Soy un genio. Ya sé que no por méritos propios. Pero todo genio está obligado a explotar su talento. En beneficio propio y en el de la humanidad.

Dos meses después de aquel amanecer zombi, me he acostumbrado a consumir tres raciones diarias de oxígeno recién ordeñado. Jamás me había sentido tan excedentario de nirvanas. Me aproximo a un árbol, a cualquiera de los míos si estoy en casa o al que encuentre de paso si el amanecer, el mediodía o el anochecer me pillan fuera de mi espacio doméstico y practico mis abluciones gaseosas orientado hacia mi propia Meca de superávit molecular, cambiante en orientación. Me siguen mirando con reservas cuando procedo con el ritual, pero apenas si reparo ya en las reacciones ajenas. Estoy en vías de alcanzar el óptimo de vivir siendo un fenómeno anónimo. Porque al margen de mis familiares directos, a los que he amenazado con descuartizar si confían a alguien el secreto de mi magia, mantengo la discreción, incluso en las redes sociales, hecho casi insólito en estos tiempos de egos necesitados de lluvias de pétalos de margaritas acuñados con el sí. Incluso he vuelto a traducir para no despertar sospechas en cualquiera de mis entornos.

La segunda vez que le propuse a Romeo que me ayudara a ofrecerme como detector ambulante de anormalidades gaseosas, ya no me escupió silabas fraternales por mi bien. Pero no fue hasta la cuarta, cuando le precisé que podía distinguir las moléculas de kriptón de las de xenón y que la coreografía de las moléculas era un prodigio de desorden ortodoxo, cuando me entregó su espíritu y se interesó por cuál era mi estrategia y cuál también su papel en aquella quijotada, loco cabrón.

El mismo día, hace ya cuatro, en el que recibí un escrito oficial, en inglés, del Ministerio de Medio Ambiente de la República Popular de China, Romeo solicitó una excedencia de seis meses en su multinacional para ejercer de Sancho Panza de mi locura. Se le percibe feliz con su decisión.

En una semana viajamos a China. Quieren probarme, comprobarme. Es natural. Pese a los informes de mi bioneurólogo y el relato de mis propias capacidades, necesitan tocarme, constatar que no soy un charlatán. Quieren que les ayude a diagnosticar qué tipo de árbol expele más oxígeno para repoblar con la mayor eficacia ambientalista. Será sencillo y pagarán mejor que bien si les convengo de que ciertamente soy ese avisador íntimo de atmósferas que postulo.

He rechazado varias proposiciones de países tan exóticos como Uzbekistán y Nueva Guinea, no me fio de imitadores ahora que los chinos han comenzado a ser ellos mismos.

Va siendo julio. Las mañanas son ricas en sudor. La atmósfera mantiene sus mismas constantes que hace decenas de millones de años, desde que el oxígeno se detuvo en ese casi veintiuno por ciento de ocupación espacial.

Cada despertar temo que me suceda lo inverso que en aquel en el que el mundo me habló en un lenguaje exclusivo. Pero no va a ser éste. Acabo de despegar los párpados y millones de moléculas me siguen dando los buenos días con una danza que ya no interpreto como errática, sino como un portento de equilibrio en continuo movimiento.

Suena el móvil. Será Romeo. Es Romeo. Pregunta si volamos en *business* o en turista.

Le respondo que lo desconozco porque no tengo todavía los pasajes. Está eufórico ante la nueva andadura sin siquiera chutarse moléculas de más como yo haré en breve. Abrevio con él porque tengo que traducir a Rilke y los poetas tristes siempre me descorazonan. Doblaré mi ingesta de oxígeno esta mañana para contrarrestar la más que presumible melancolía.